

Joaquín Gutiérrez

## Chabela (\*)



**H**UERON tus cinco dedos de alga suave  
la mano que deseé tanto en mi ausencia.  
Tu voz de abeja la añoró mi oído  
en tierra extraña.

Si antes pensaba regresar un día  
otra vez a la patria, era tan sólo  
por irte a ver, por conversar contigo,  
tocar tu puerta.

---

(\*) Chabela la llamaban los niños y todas las gentes humildes, sus amigos, a la extraordinaria escritora centroamericana que utilizó para las letras el seudónimo de Carmen Lira.

Murió esta escritora costarricense a los sesenta años de edad, este mes de mayo, en Méjico, en donde estaba injustamente desterrada a raíz de los luctuosos acontecimientos políticos de su patria.

Demasiado sensible, enferma y cansada para resistir el destierro, su razón se nubló poco a poco y los últimos días de su vida su voluntad se concentró en un único deseo, casi una obsesión: quería regresar a morir a su suelo... Pero no se le concedió ese permiso.

Su libro, «Los Cuentos de mi Tía Panchita» es ya un clásico centro-

De día, de noche, por el aire limpio  
tu voz me llega aún, siento tus pasos,  
riego con fuego las espigas rojas  
que en mí sembraste.

Y ahora cierro los ojos y te miro  
mi pequeño ramito de retama,  
dulce Chabela, flor de pura arcilla,  
que en paz descanses.

Tú que fuiste la hermana de tu pueblo,  
la que adelgaza la palabra agreste,  
la que desarma la actitud agriada  
y a todos ríe.

¿Dónde los tristes reclinar pudieran  
ahora sus cabezas si les falta  
tu regazo moreno de torcaza,  
cojín tan blando?

---

americano. En él recogió las aventuras de Tío Conejo y otros cuentos del folklore americano, con una gracia de estilo y un calor humano admirables. Fué autora también de dos novelas: «En una Silla de Ruedas» y «Memorias de Juan Silvestre».

El resto de su pródiga labor quedó dispersa, anónima, en diarios y revistas, en donde siempre tomó el partido de los desamparados y de los débiles.

Para el pueblo de Costa Rica, ahora consternado, fué más que una escritora: fué un símbolo y una esperanza.

Ahora los niños cuando dicen agua,  
cuando dicen geranio, vellón suave,  
tricopilia o patita de conejo,  
Chabela dicen.

Fuiste la Ofelia de los hombres rudos,  
la magnolia crecida en dinamita.  
También en el jadeo de la maestranza,  
se oye tu nombre.

No tenías ningún pan y diste tantos,  
panecillo tú misma, pan de greda.  
Te pagamos dejándote, sabiéndote  
llena de pánico.

No tienes nada ahora, ¡nada tienes!  
pero en cambio nosotros te tenemos.  
Somos avaros de lo que dejaste.  
Tú sigues dando.

Seré como querías, como me hiciste  
al moldear mi cal nueva. Sé que al serlo  
te tendré más cercana. Y he de hacerlo  
por agradarte.

Tajaron tu raíz de tierna pulpa,  
te arrancaron de cuajo y te zahirieron,  
y te aventaron como yerba mala,  
a ti, flor pura.

Fuiste por los caminos extranjeros  
ya nublados los ojos, torturada,  
tropezabas, caías, el labio pálido,  
la voz herida.

Y entonces, ¡qué vinagre y crueldad ácida!  
¡qué ojo de yelo!, ¡qué perfil de sangre!  
Tú que quisiste regresar un día  
no te dejaron.

Se erguía tu grito:—¡dadme a mi pueblo!  
quiero volver, quiero volver, dejadme.—  
Eras sólo una sombra de canela  
hecha pedazos.

—Quiero volver—decías, y te callaban,  
—a mi pueblo, a mi casa de claveles.—  
Y te arrojaban lejos implacables,  
triste Chabela.

Tan grande tu deseo que lo lograste.  
Tuviste que morir para lograrlo.  
Ya ciega para siempre tu mirada  
no eras temible.

Dijeron: —¿qué nos puede hacer ahora?  
¿qué puede hacernos si—cristal quebrado—  
su voz no puede ya ni amenazarnos?  
¡Que venga ahora!

Y fuiste y te llevaron los obreros  
hasta la tierra en brazos, en tu caja.  
Te sabían muerta y todos te besaban,  
niña dormida.

Moreno caracol, raíz de violeta,  
párpado humilde, pequeña antorcha,  
¿dónde te fuiste?, dínoslo, Chabela,  
para seguirte.

¿Qué te hace falta? ¿Acaso me recuerdas?  
¿Cala la lluvia los terrones grises?  
¿Has perdonado ya lo que te hicieron?  
¿Estás llorando?

Estas palabras son de enamorado,  
nunca he probado un licor más dulce.  
Tanto bebimos de él, tanto bebimos  
que lo acabamos.

Que en paz descanses, linda camarada,  
y que jamás nos dejes. Sé que un día  
cuando se llene el aire de banderas  
de roja púrpura

podrás, tal vez, volver a estar contenta;  
y una noche en que estemos todos juntos:  
Manuel y Carlos Luis, Luisa y Calufa,  
Guzmán y Arnoldo,

también los que murieron: Federico,  
Vaglio, Montiel, la compañera Rosa,  
vuelve, regresa, y con tu voz más suave  
cuéntanos cuentos.

¡En las calles la fiesta de los pueblos!  
¡La victoria final! Pero ninguno  
querrá ir y perder una palabra  
de Tío Conejo.

Y si algún hijo de tus enemigos  
se va acercando al mágico llamado  
de tus maravillosas aventuras,  
¡déjalo que oiga!

Santiago, junio de 1949.